



El lugar al que voy en mis sueños

Tengo un sueño recurrente—no me doy cuenta de que es un sueño cuando estoy dentro de él. Soy una niña pequeña, y estoy perdida. Así que, básicamente, me siento miserable y preocupada. Pero también hay una sensación de familiaridad y consuelo, como si estuviera envuelta en mis sábanas favoritas. Triste pero cómoda. No sé dónde estoy, y sin embargo no me resulta extraño. Estoy en un lugar en el que no debería estar, pero quiero quedarme allí para siempre. Aun así, para mi yo-niña, la tristeza parece estar ganando, y estoy desesperada por contener los sollozos que brotan de mi pecho. Las lágrimas secas se convierten en granos de arena transparentes que se pegan en las comisuras de mis ojos. Sobre mi cabeza, las estrellas brillan. Es como si alguien hubiera subido por error la luminosidad a diez veces lo normal, hasta que el cielo estrellado es absurdamente brillante. Es tan cegador que cada punto de luz parece palpar con un zumbido. Dentro de mis oídos, el sonido de las estrellas se mezcla con el susurro del viento seco, mi propia respiración pesada y el crujido de las hierbas bajo mis pies. Todo este tiempo, he estado caminando entre esas hierbas. A lo lejos, una cadena de montañas parece encerrar el mundo. Más allá de ellas se alza una pared blanca de nubes con un sol amarillo posado en la cima. Las nubes blancas y el sol están ahí al mismo tiempo que todas las estrellas. Bajo este cielo en el que todo el tiempo parece fusionarse, sigo caminando.



Finalmente, llego a una casa y miro por la ventana. Todas las casas aquí están cubiertas por una maraña de plantas. La mayoría de las ventanas están rotas, y sus cortinas desgarradas susurran con el viento. Las malas hierbas crecen densamente en el interior, pero curiosamente, los platos, teclados, libros de texto y otros

objetos esparcidos parecen completamente nuevos. “¡Mamá!” grito, pero mi voz sale ronca, como si le hubieran quitado el aire. Me concentro en la garganta e intento de nuevo: “¡Mamá!” Las paredes cubiertas de hiedra se tragan mi grito como si nunca hubiera dicho nada. No estoy segura de cuántas casas miro, cuánta hierba piso, cuántas veces llamo a mi madre. Nadie responde; nadie aparece. No veo ni un solo animal. Mis gritos se desvanecen sin eco entre las hierbas, las casas derrumbadas, los coches apilados, los barcos de pesca encaramados en los tejados. Por mucho que camine, solo hay ruinas. Las lágrimas vuelven a brotar, junto con una desesperación abrumadora. “¡Mamá! ¡Mamá, ¿dónde estás?!” Sigo caminando, sollozando. Mi aliento es blanco. La humedad se enfría en cuanto sale de mi boca, enfriando aún más las puntas de mis orejas. Mis dedos, cada uno con barro negro bajo la uña, y mis pequeños dedos redondos dentro de los zapatos de velcro, están tan fríos que duelen. Mientras tanto, mi garganta, mi corazón y la parte trasera de mis ojos se sienten incómodamente calientes, como si tuvieran una enfermedad especial que no afecta a ninguna otra parte de mí.

Cuando vuelvo a mirar al cielo, el sol se ha hundido bajo las nubes y el mundo está cubierto por un amarillo limón transparente. Sobre mi cabeza, las estrellas siguen brillando absurdamente. Estoy acurrucada entre las hierbas, agotada de tanto caminar y llorar. Al enrollarme dentro de mi chaqueta, el viento sopla contra mi espalda, robando poco a poco mi calor y cambiándolo por impotencia. Mi pequeño cuerpo se vuelve más pesado, como si estuviera siendo reemplazado por barro. Pero esto solo acaba de empezar.

Siento que me observo a mí misma desde la distancia cuando este pensamiento me asalta. El clímax del sueño aún está por llegar. Mi cuerpo se congelará y mi corazón se entumecerá de preocupación y soledad. La resignación me inundará y dejaré de importarme. Pero... oigo un suave crujido a lo lejos. Alguien camina por el campo de hierbas. Para mí, las plantas parecían ásperas y duras. Pero bajo los pies de esa persona, suenan suaves y delicadas como brotes de primavera. Levanto la cara de entre las



rodillas mientras los pasos se acercan. Lentamente, me pongo de pie y miro por encima del hombro. Parpadeo con fuerza, intentando despejar la niebla de mis ojos. Más allá de las hierbas que se balancean, como al otro lado de una hoja de papel de seda color atardecer, veo una figura humana. El viento hincha su vestido blanco suelto, y la luz dorada enmarca su largo cabello. Es una adulta de figura esbelta y delicada, y su boca se curva suavemente hacia arriba como una luna creciente al amanecer. “Suzume.” Llama mi nombre. En el momento en que lo hace, siento como si me hundiera en un baño caliente. Desde cada punto tocado por la ola de su voz—mis oídos, mis dedos, la punta de mi nariz—el calor se extiende por mi cuerpo. Los copos de nieve que giran en el viento se convierten en pétalos rosados que bailan a nuestro alrededor. Es ella, la persona que he estado buscando todo este tiempo.

“Mamá”, susurro, pero ya estoy despierta.

